

LA MISTICA PERSONALISTA DE MOUNIER

I) MISTICA VERSUS POLITICA

1. *La perspectiva política*

Aceptamos con Wittgenstein que lo ajeno a la *polis*, lo que no es *de este mundo*, no es política sino mística. Esto implica que hay algo en este mundo que no es enteramente de este mundo, algo que o bien no puede ser científicamente expresado ni rigurosamente verificado, o bien ni siquiera sea enteramente de este mundo.

Sin embargo, hay que comenzar por este mundo, examinando la noción de *política*. Y lo primero es reconocer su actual descrédito. Toda la Edad Media repitió con Aristóteles que el hombre era un animal político. Ninguno de los pensadores del siglo VII dejó de añadir a su Teodicea una política. Pero hoy, arrastrándose por las zonas más bajas de la ideología, del sentimentalismo y de la componenda, se ha convertido en algo que no hace el pueblo sino sus verdugos¹. Frente a la concepción de la política como actividad plenificadora del hombre en la convivencia ciudadana, asistimos a la política entendida como toma del poder político, como dirección estatal. A partir de Lenin explícitamente, la política se profesionaliza y pragmatiza. Reflejo de signo contrario, pero reflejo al cabo, es la definición de la política que encontramos en el Diccionario Espasa como "arte de gobernar y dar leyes y reglamentos para mantener la tranquilidad y seguridad públicas y conservar el orden y las buenas costumbres". De nuevo, la meta de lo político es consolidar el poder mediante la seguridad y el orden, amén del componente celtibérico de las "buenas costumbres".

La alternativa política estatalizadora y verticalista (de derechas o de izquierdas) roba al hombre su auténtica dimensión política² para adornar con sus despojos el manto *dello Stato*. Frente a esa alternativa, la horizontalista autogestionaria (libertaria, anarquista) pretendió frenar este exceso, pero al precio de caer en una mutilación de signo contrario: negando entidad al Estado, redujeron la política al individuo, no suficientemente vinculado a un hombre socioeconómico, sino exaltado místicamente. Identificadas ya mística y política por el anarquismo, una y otra se desdibujan y anulan mutuamente. Y así, la doctrina libertaria, nacida para dar fruto en el seno de la historia, devino rígida, intemporal, evanescente, tan mutiladoras, en suma, como la estatalizadora.

El mal de la política es, pues, ignorar o bien la vida colectiva o bien la vida individual, que si no pueden existir independientemente, no carecen de personalidad específica e irreductible. Hoy, una vez desaparecida de la historia la alternativa horizontalista, sólo queda la verticalista, con sus objetivos limitados a la toma del poder y la conservación o reforma del mismo³. Esteriotipado el hombre como apéndice del

¹ M. Mounier., *Manifiesto al servicio del personalismo*, Ed. Laia, I, p. 703.

² C. Díaz, *Hombre político, hombre moral*, Ed. Zero (Madrid 1973).

³ M. Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, Obras I, p. 394.

Estado, no se busca ya en el juego político la verdad y la grandeza del hombre, sino el medio de imponer el poder político estatal. Tal desviación del sentido político se acentúa y agrava a causa de las estructuras y de los métodos que son sus parásitos, por obra y desgracia de los *partidos políticos*⁴. Una política partida, escindida del hombre, es ahora rematada por un partido político, a su vez escindido del resto de los partidos. Escisión tras escisión, el resultado es el poder minoritario, frío y rígido en su dorada cúpula. La dinámica es siempre la misma: el partido a su vez se parte, la disidencia forma un nuevo partido que reagrupa las esperanzas, por algún tiempo parece que va a ser el partido de la justicia y de la verdad... pero infaliblemente, sin embargo, no tarde en convertirse en un partido como los demás, en una entidad cerrada y a la búsqueda del poder⁵. Desgraciadamente, la historia confirma y sanciona tan grave acusación.

De esta guisa, la política entendida como toma del poder es en la actualidad una fuerza esencialmente contrapersonalista. Ante esa fuerza la tentación del personalista, la más fuerte, pero la más nefasta, sería la del abstencionismo. Pero la abstención es imposible, y abstenerse es colaborar.

De ahí que, frente a la abstención la primera tarea del personalismo vigilante sea la desconfianza vigilante: "Desconfiemos de nuestros enemigos los amigos políticos. Son semejantes a esos admiradores que nos aplauden aquello precisamente por lo que nosotros menos quisiéramos ser alabados, la proyección en nuestras palabras de sus prejuicios. Sus alabanzas nos denigran... Los políticos suscitan confusiones insidiosas mediante la distribución de sus amistades y de sus odios. No saben emprender una acción, acoger una idea en un plano que no sea el suyo, desnaturalizándola incesante y automáticamente en su pobre y estereotipado lenguaje. Uno no sabe si debe preferir que le combatan o que le apoyen"⁶.

Y como la desconfianza vigilante no puede ser meramente contemplativa (a la ganga política no se la combate con la abstención, aunque la abstención sí sea combatida por la política), la primera tarea activa es la de *separar lo místico de lo político*, por cuanto *la política es el producto de descomposición de una mística*: "Mística republicana había cuando se moría por la República; política republicana hay ahora, cuando se vive de ella"⁷. Pero si la política es el detritus residual de la mística, ello es porque *todo empieza en mística para acabar en política y no a la inversa*. Esta podía ser una de las razones (dicho sea entre paréntesis) por la cual la mayoría de los cristianos "proféticos" se han dado, poco vigilantes, a la praxis de partido, y con furores místicos, es decir, con un aplastante deseo de totalidad y bastante dogmatismo, se han instalado en la tierra como antes lo hicieran en el cielo. Su buena voluntad ha podido sobre su inteligencia. El dreyfusismo, dice Mounier, era una exigencia de libertad y de justicia, pero acabó en un engorroso *affaire*, en un sistema de coacción, en *raison d'Etat*. El socialismo nació cual limpia fraternidad para convertirse andando el tiempo en tromba de filiginosos intereses en peligrosa convivencia con la burguesía. La República era una mística fundada sobre el honor, y de ello

⁴ *Ibid.* 306.

⁵ M. Mounier, *El pensamiento de Charles Péguy*, Obras I, 95. Sobre el espíritu de secta de los grupos, cf. el capítulo destinado a Nédoncelle en C. Díaz y M. Maceiras, *Introducción al personalismo contemporáneo*, Ed. Gredos (Madrid 1975), y por supuesto en toda la obra de Maurice Nédoncelle.

⁶ M. Mounier, *El pensamiento de Charles Péguy*, I, 98-94.

⁷ *Ibid.* 87.

no quedan ya ni los restos. Nada escapa a esta dinámica: la política lima las aristas, transforma el ripio en tibio canto rodado⁸.

En estas condiciones, el punto de vista político ha llegado a ser, en el mejor de los casos, algo secundario; de ahí que la primera tarea del personalista consista en *disociar lo espiritual de lo político* (no para invitar a la abstención sino para aquilatar más y más ricamente el compromiso). La política puede ser necesaria, urgente incluso, pero si no está subordinada a la verdad, ¿de qué sirve?⁹ Hay, pues, que dar a lo místico lo que es suyo¹⁰, pues acción política y acción profética reclaman técnicas diferentes y responden a temperamentos diferentes¹¹. Una discusión honrada exige que se oponga una mística a una mística, una política a una política. Confundir los planos fue, como señalábamos, el error del anarquismo, y reducirlos a lo político el del marxismo. Por lo demás, es casi imposible la coincidencia en un solo hombre del místico y el político¹², siendo lo más frecuente encontrar irritado a uno contra el otro.

2. La perspectiva mística

Si la política espúrea de los *políticos-condottieri* no sirve, si la política reducida al poder disecca al hombre, hemos de tratar por los medios que sean de devolver al hombre su primigenidad, dando audiencia a la mística. Pero atención: hay místicas y místicas. *Hay místicas de derechas*, y el fascismo es un buen ejemplo de idolatría, irracionalidad, autoritarismo, opresión, racismo. *Hay místicas profesionales*, y el populismo ruralista también es un indicador: reacción, insolidaridad, fatalismo, conservadurismo, anacronismo. Tampoco vale todo el mundo para ser místico, y es posible que desde el plano político (debidamente desmitificado y puesto en tela de juicio) sirva alguien más a la causa del hombre que desde el plano, para él más artificial de la denuncia, de la profecía.

¿En qué consiste, pues, la perspectiva mística del personalista? Digamos primero en qué no consiste. No consiste ni en el arrobó, ni en el éxtasis, ni en la fuga. Tal mística tuvo sentido otrora, pero hoy no cabe en una humanidad dividida en clases antagónicas: ¿tendría sentido la mística exicasta de la contemplación del ombligo? Mística es por el contrario, *compromiso*, en el que ya estamos. No es salirse por la tangente, ni atenuar los rigores de la lucha contra el desorden establecido. Tal fugismo sería la más palmaria negación de las esencias místicas. *La mística*, decía Mounier, *lleva a la mecánica*¹³, de suerte que se precisa una estrategia clara: una analítica del concepto de clase, bloque, estructura, economía, sociología, etc., sin la cual la denuncia sería puro palo de ciego; por el contrario pretende ser *buena política* frente a la mala política de los partidos y los Estados. Por lo demás, el místico, que como decimos substituye la lucha innoble por la noble, encuentra su razón de ser en su *libertad*. Si bien el místico conoce la estructura de clases en la sociedad en que vive, no por eso ha de entrar en el juego calculador, prudente, dirigido por las prácticas de clase. Los místicos deben hablar *suaviter et fortiter, opportune et importune*. La única preocupación del místico será la de delimitar su terreno, que es el de las exi-

⁸ *Ibid.* 91.

⁹ M. Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, 165-166.

¹⁰ M. Mounier, *El pensamiento de Charles Péguy*, 92.

¹¹ M. Mounier, *Les certitudes difficiles*, Oeuvres IV, 249.

¹² M. Mounier, *Le Personnalisme*, Oeuvres III, 504.

¹³ M. Mounier, *La petite peur du XX siècle*, Oeuvres III, 418.

gencias antes incluso que el de las soluciones pactadas. Que esto no debe entenderse como huida se prueba por simple remisión a los hechos: la mayoría de los místicos han acabado de forma más violenta que los políticos, y sus nombres van ligados al martirio (Cristo, Gandhi, Luther King...).

Pese a esta dureza, la lucha mística es menos artera que la lucha política. Los místicos, decía Péguy, cuando son enemigos lo son de un modo enteramente distinto, a un nivel de profundidad totalmente mayor y con una nobleza infinitamente más profunda¹⁴. Y ello porque son estratégicamente mucho más libres, pues *no están al servicio de un grupo de presión, no cobran soldada alguna de ningún aparato burocrático, no se sirven de partidos políticos, no forman terceras fuerzas*. Pero la libertad implica el desasimiento; no hay apenas para el místico lugar donde reclinar cómodamente la cabeza. ¿Actitud masoquista? ¿Caracteres hipotímicos? ¿Emotivos activos primarios? Todas estas y otras clasificaciones reductoras de lo mental a lo psíquico y de lo psíquico a lo biológico no explican certeramente el sentido de la mística, que procede sobre todo de una convicción personal y una solidaridad de lo intelectual con lo endotímico. Sería también aberrante pensar que el místico se inclina irracionalmente al dolor por el dolor, a la soledad por la soledad, a la miseria por la miseria. Defiende por el contrario racionalmente la alegría, la comunitariedad, la abundancia, y las defiende más allá de las castas para todos los hombres. Se comporta, pues, siempre en el seno de un *frente* presidido por la idea común de la *liberación* profunda, interna y externa, empezando por los hermanos pequeños: tercermundistas, mujeres, niños, enfermos, sal de la tierra en una palabra.

Mounier fue en esencia místico, profeta. Si se atreve a dar el paso de la fundación de *Esprit* no es desde luego para entrar en el juego político, sino para unirse y ayudar a las vanguardias comprometidas a que cada una de ellas y todas juntas hagan el trabajo *desmitificador* necesario para *desmitificar* a la pseudomística con que los políticos quieren apoyarse para sus fines, esa "mística política" que es una política a secas, sólo que hipócrita. La serpiente debe ceder ante la paloma. La biografía de Mounier en tal sentido es explícita: no aparece como el capitán que llama a filas, sino como el soldado que se enrola en la detección del desorden, en unión de quienes caminen en tal sentido. Mounier y sus amigos de *Esprit* (revista y grupos de acción) fueron *antítesis* continua, nunca *síntesis*, *antítesis* frente a un desorden concreto, con nombres y apellidos, residenciado en domicilios fijos y libretas de "ahorro". Mounier pagó esta actitud *antitética* con la respuesta de los políticos, que no distinguen entre sus enemigos: persecución, cárcel...

Antítesis permanente mientras quede desorden en el mundo, el personalismo místico no se hace en solitario; como decimos, es el aglutinante del amor, el cual no es teísta ni ateo, clérigo o laico, comunista o prochino, sino amor, y amor no misticoidemente desatado, o ñoñamente entendido, sino estructuralmente dirigido, presidido por una analítica de la economía y de los centros neurálgicos que hay que rehacer para que sea realmente posible el amor en concreto. El amor de este frente común, pues, no tendrá los caracteres de los partidos, ni estará limitado a coyunturas, será estructural y *permanente*¹⁵.

Y dicho todo esto, nos acecha el más grande y debatido escollo: ¿pero es *eficaz* esta postura? ¿Al derroche de sacrificios del místico sigue el necesario logro de

¹⁴ M. Mounier, *El pensamiento de Charles Péguy*, 92.

¹⁵ La obra de Michel Winock, *L'histoire Politique de la Revue Esprit* (Le Seuil, Paris, 1975) refleja este espíritu de frente común permanente que tuvo *Esprit* en su trayectoria: España, Munich, Vichy, Stalin, Resistencia francesa, etc.

objetivos? ¿Será una postura eticista, inoperante, reaccionaria por cuanto expone a las víctimas al fracaso? ¿Compensa la mística con la parvedad de sus logros?

Indudablemente hay que negar al eficacismo sus pretensiones de absoluteidad. Eficaz es también el capitalismo. Ineficaz, por contra, es a veces lo que parece eficaz: revoluciones flor de un día, por su incapacidad de desterrar al hombre viejo del corazón del nuevo hombre. Por el contrario, aquello que se creía ineficaz demostró luego ser arma robusta. La "ineficacia", en fin (opuesta a la *efficacité* política) del místico no lo sería si todos los hombres se decidiesen a ser auténticos, pasando el Rubicón que separa a los hombres "simpatizantes" del misticismo (los hombres "de buena voluntad") de la acción. Entonces hubiera existido no un solo Gandhi, o una docena de gandhianos, sino una humanidad entera gandhiana. Y con ella se habría entrado en el paraíso en la tierra, predicado por los políticos y que ellos se encargan de hacer imposible con su política de grupo y de verticalidad.

Por esto nadie cree hoy en esos paraísos. Muchos de los pecados que se han depositado sobre el lomo del místico expiatorio de turno son en realidad pecados políticos. Dicho con lenguaje político: el Estado, todo Estado, todo poder, es incapaz de hacer llegar el paraíso de la sociedad sin clases. Es conocido el círculo vicioso: el Estado engendra las clases, éstas niegan la horizontalidad, y mientras no se puede pasar al paraíso, razón por la cual es a su vez necesaria la presencia del Estado... y así *ad infinitum*. En este sentido, y tal vez sólo en éste, la crítica del anarquismo ha sido certera.

Así las cosas, y si de lo que se trata es de hacer posible el amor, el místico personalista puede ceder, sin perder de vista el horizonte. Puede, en efecto, distinguir entre *coyuntura* (y coyunturalmente apoyar a tal o cual grupo desde fuera, marcando bien las distancias) y *estructura* (y estructuralmente buscando y haciendo posible el frente común). Todo el problema consiste en no ser oportunista, pues se sabe que la distinción entre coyuntura y estructura es simplemente de grado, no de esencia.

II) NI MÍSTICA PROGRESISTA NI MÍSTICA INTEGRISTA

Traslademos el problema de la mística a la *mística cristiana*, no solamente porque es una de las formas posibles de místicas, sino porque fue la que Mounier vivió. Veamos cómo la mística cristiana es ajena tanto al progresismo como al integrismo.

Es imposible hablar de una sola mística cristiana. Según Mounier, "querer, incluso fuera de un partido, unir en el plano político a todos los cristianos, o siquiera a todos los católicos, es condenarse a la impotencia por eclecticismo". Y realmente es así; el hecho de que pueda colocarse sin impostura el nombre de cristiano a tantas determinaciones contradictorias demuestra suficientemente que aunque el cristianismo imponga un cierto espíritu en política, no impone una política¹⁶. Lo cual a su vez significa, siempre según las palabras de Mounier, que por unidos que estén los cristianos en la comunión sobrenatural, no lo estarán en la política. Habrán elegido por móviles cristianos, pero no por razones personales. De ahí que si la *reconciliación* sea difícil en el plano teórico lo sea mucho más en el práctico. Y esto no solamente en estos momentos, sino siempre, ya desde los tiempos de Pedro y Pablo.

Tal vez, pues, se encuentre más cerca del frente común personalista alguna gente atea, que elementos de ortodoxia eclesial católica. Ello no deja de ser doloroso, pero

¹⁶ M. Mounier, *Few la chrétienté, Oeuvres* III, 170.

real. En tanto que cristiano, el pensador político o el hombre de acción no tienen método ni estrategia común dictada por su propio cristianismo. El Espíritu sopla en direcciones muy diversas: sopla poniendo la otra mejilla para aguantar con estoicismo la otra bofetada, sopla con vientos de ira en forma de indignada actitud por la conversión del templo del Padre en cueva de mercaderes...

Unir para una acción política común tan dispares adhesiones no puede hacerse. Y si se hace será en el plano de un vago moralismo, tan extraño a la materia del mundo como a los vientos del espíritu. La experiencia ha demostrado que los partidos confesionales son más bien, como decía Jacques Maritain, una simple proyección sociológica de la religión, que es justamente la constante amenaza interior de la misma religión. En ese sentido, dice Mounier, no es infrecuente utilizar (en el sentir de bastantes católicos) las fórmulas de las Encíclicas, e incluso las frases de la Escritura, para hacer con ellas —rápidamente juntas y armonizadas— una especie de techo bajo que les cierra el cielo y les priva de la tierra porque ellas no les han dejado ponerse en contacto con las contradicciones del hombre y las resistencias de la materia. ¡Cuántos artículos hemos leído, cuántas conferencias hemos oído, en las que el bien común, la justicia y la caridad, las instituciones y las costumbres, el “justo” capitalismo y las “justas” reivindicaciones encajaban tan perfectamente entre sí que, a medida que debía desarrollarse la admiración de la “magnífica síntesis que poseemos” (en una capa fuerte?), nosotros sentíamos que la armonía misma de las fórmulas las cerraba todo futuro!

No, no es posible la armonía política de los cristianos. Acaso se encuentre en esa imposibilidad una de sus mayores fortalezas, y desde luego se halla en ella la señal inequívoca de que jamás podrá identificarse el espíritu con su encarnación. Durante una época el cesaropapismo y el agustinismo político lo invadieron todo¹⁷. Sigue esta política “cristiana” en la mente integrista de los “demócratas cristianos”, pero nadie les da derecho a usar en monopolio el adjetivo de *cristianos*. Tal vez, fueran los menos adecuados para arrogarse, no solamente su exclusividad, sino siquiera su uso mismo. Por lo demás, no son los democristianos, en honor a la verdad, los únicos. Hay usos puros de la religión cristiana, que se indignan por todo lo que ellos mismos consideran heterodoxia, y que estigmatizan con el sambenito manido de marxismo¹⁸. Hay, de otro lado, usos “centristas” de muy difícil equilibrio, como el del Cardenal Silva Enríquez, en el Chile postallendista, del mismo modo que ayer lo hubo con Frey (defensor de un personalismo de matiz caritainiano). Hay, por fin, dentro de los confesionales, un uso de izquierda democrática, como ocurre en los sectores más significativos de “Cuadernos para el Diálogo”. Seguramente habrá más usos, pero ¡cuán monopolizadores! Ninguno, sin embargo, hace del personalismo de Mounier —un personalismo cristiano, entre otros— un uso religioso. abierto, místico, un uso de frente común sin exclusivismos, un uso evangélico. La maldad, pues, no está solamente en los políticos; alberga también entre aquellos que hacen profesión de fe y que no siempre dan testimonio de ella.

Pero si la dinámica del integrismo es la aglutinación y la identificación del cristianismo con la secta, la dinámica del progresismo es de signo opuesto, pese a que, como polos opuestos, se atraigan con rara vehemencia. En efecto, lo propio del progresismo es acentuar la total independencia entre los principios cristianos y las técnicas sociales, políticas, sindicales. Sin embargo, como dice Mounier “es imposible

¹⁷ M. Mounier, *Personalismo y cristianismo* I, 871.

¹⁸ Zurdo, *De Mounier a la teología de la violencia*, Impta. de Hijos de Vicente Mas (Madrid 1969).

separar deliberadamente en dos partes el compromiso. El pretender arreglar con los comunistas los problemas de la tierra y los del cielo con Dios es absurdo. Esto supondría volver de nuevo, paradójicamente, a la concepción individualista e idealista de la fe que ha estado prevaleciendo desde hace cien años"¹⁹.

De este tema ya nos hemos ocupado en otro lugar²⁰, pero recordemos ahora brevemente que el cristiano no puede utilizar *medios* que vayan contra la dignidad de la persona, hecha a imagen de Dios. Deberá cuidarse mucho de considerar indiferente el problema de la violencia, y tratará de usar la violencia menor; no podrá calumniar, ni engañar, ni darse al arrivismo o la conclusión, técnicas típicas del maquiavelismo político pero indignas del espíritu. Hay, pues, que definir la *técnica de los medios espirituales* que lleven a la eficacia y la acción redentora, sin detrimento de su pureza. No se trata, pues, de una mera cuestión prudencial, de dejar al libre arbitrio del consumidor la cuestión de los medios. En principio, y aun siendo muy diferentes los modos de acceso al espíritu, como dejábamos claro anteriormente, es preciso que ninguna de las opciones del espíritu utilice medios que atenten contra él. En este sentido, no puede concederse al progresismo la necesidad de la pena de muerte, no puede concedérsele la necesidad de la tortura, no podemos estar de acuerdo con él en la indiferencia de la dignidad humana ante ningún primado. Solamente podrán usarse técnicas antidemocráticas cuando la democracia ya no sea posible, o cuando se impida totalmente su ejercicio. Esto sí es ya una cuestión prudencial.

En el terreno de la teoría, un personalismo cristiano no puede empalmarse con cualquier sistema. La alegría y la superficialidad con que se empalma al marxismo con el cristianismo son un síntoma preocupante. Por el contrario, creemos que el progresismo ignora o no aquilata debidamente los extremos siguientes:

En cuanto al punto de partida, éste es absolutamente distinto dentro de la concepción marxista y de la cristiana. En efecto, los progresistas olvidan que el cristianismo no es una visión "dialéctica" de la realidad. Es decir, que no se compone de una tesis negada luego por una antítesis, subsumidas ambas en una síntesis, de la cual a su vez (funcionando ya como tesis) la antítesis negadora daría una síntesis nueva, y así hasta el infinito. La visión cristiana de la realidad parte de una tesis que no puede ser superada: Cristo.

En segundo lugar, mientras que en el marxismo entiende esa dialéctica como una supresión-superación mediante la lucha de clases, el cristianismo (que históricamente está inmerso en tal lucha) ha de comprenderla a la luz de la reconciliación con el hermano, ante la mirada atenta de un mismo Padre.

También es diferente la radicación del punto de llegada: el *esjaton* de un marxista o de un anarquista es el paraíso en la tierra; el de un cristiano es el acceso final ante la faz de Dios. Y aunque hoy, gracias a la salutífera crítica de un Marx o un Bakunin no todos los cristianos se repliegan en su caparazón ni conciben al mundo como valle de lágrimas, sigue siendo cierto, empero, que el compromiso temporal, por necesario que sea, es un medio, y no un fin. Que esto se olvide por la urgencia praxeológica, es otro problema, no el problema.

¹⁹ M. Mounier, *Feu la Chrétienté, Oeuvres* III, 159.

²⁰ C. Díaz, *Mounier, ética y política*. Suplemento núm. 59 de *Cuadernos para el Diálogo* (Madrid 1975). Expresaba allí, y ratifico ahora, mi disconformidad con la postura de Alfonso C. Comín, que entra de lleno en el progresismo denunciado por Mounier. Comín, naturalmente, tiene derecho al progresismo o a lo que desee: pero no en nombre de Mounier, como hace en el Prólogo al tomo I de las *Obras de Mounier* (Ed. Laia).

III) LA MÍSTICA, ENTRE EL EMPIRISMO Y LA PUREZA

Evidentemente, la mística (y en concreto la de un cristiano) es una denuncia en el tiempo con el marchamo de intemporalidad, y por ende no cabe predicar de ella ni el progresismo ni el integrismo. Sin embargo, para que la mística no sea evasiva ha de guardar el equilibrio (una vez más, el difícil equilibrio: no el equilibrio burgués *del oui, mais non* —equilibrio en tierra firme, demasiado firme— sino el equilibrio sobre la cuerda floja del compromiso temporal y la meta intemporal) entre la presencia y la pureza.

Los cristianos que han podido decir *adsum*, que han respondido con el *incarnatus est* son minoría, pese a los últimos tiempos. Hay quien todavía cree lo que ya denunciara Mounier: que un cristiano solamente puede sentar un juicio moral acerca de las cosas de este mundo, lo cual es un error grosero. El defecto habitual de los cristianos (y eso, de los bien intencionados) no ha sido pecar precisamente por empirismo, sino el de olvidar demasiado fácilmente las servidumbres de la encarnación. Si el cristiano da tan frecuentemente la impresión, en sus homilías sociales, de no tener influjo sobre la realidad viva, no es porque sus principios sean ineficaces para ello, sino, en muchos casos, porque la energía cristiana que le daría mordiente ha degenerado en un pietismo sin alma. Muchas veces, y con razón, se critica a las Encíclicas; incluso se las critica demasiado poco. Pero también podíamos preguntar con Mounier: “¿Hemos estado atentos a las enseñanzas de los papas respecto a los problemas sociales, sentimos nuestra responsabilidad cuando Pío XI dice que el mayor escándalo del siglo XIX es que la Iglesia ha perdido de hecho a la clase obrera? ¿están los cristianos de este siglo dispuestos a hacer cesar este escándalo?”.

Por eso Mounier escribe en otra obra: “Además de hablar del hombre, aspiramos a luchar por el hombre, Además, nadie trata objetivamente del ser humano. Pero como es de buen gusto el disfrazar la parcialidad con ropaje científico, preferimos declarar a pecho descubierto que nuestra ciencia, sin dejar de ser honesta, constituye sin embargo una disciplina combatiente”²¹.

Todo lo que se diga en torno a la necesidad y la urgencia del compromiso temporal de los cristianos es poco. Pero tampoco puede reducirse la actitud cristiana al puro compromisualismo temporal: “Después de haber rozado durante siglos la tentación judía de la instalación directa del Reino de Dios en el plano del poder temporal, el cristianismo regresa lentamente a su posición inicial: renunciar al gobierno de la tierra y a las apariencias de su sacralización para realizar la obra propia de la Iglesia, la comunidad de los cristianos en el Cristo, mezclados con los demás hombres en la obra profana. Ni teocracia, ni liberalismo, sino retorno al doble rigor de la trascendencia y la encarnación”²². Las citas de Mounier podrían multiplicarse en esta dirección: “Para un cristiano, dice, la historia de los Estados, como la de los individuos, está implicada en la historia del reino de Dios, donde ni un sólo acontecimiento se sustrae a la Providencia y a la ley: en la medida en que participa en esa historia, el deber del cristiano no es, por tanto, jugar el juego de la ambición y de la aventura, sino tratar de descubrir las indicaciones de la historia providencial”²³. Es obvio que esta postura implica también la denuncia de la llamada “política vaticana”, a la que combate explícitamente en su libro *La cristiandad difunta*²⁴.

²¹ M. Mounier, *Traité du caractère, Oeuvres II*, prefacio.

²² M. Mounier, *Le Personalisme, Oeuvres III*.

²³ M. Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*.

²⁴ M. Mounier, *Feu la Chrétienté, Oeuvres III*, 542 ss.

Que el personalismo y su mística no son un partido, sino que buscan que esta palabra desaparezca para que se inscriba en el corazón de los hombres, vamos a verlo a continuación: "La Judea se ha extendido a la superficie de la tierra. Hoy, ella lleva en sí misma a los gentiles. Se trata de vencer una vez más a los cristianos, que entran quizás en una nueva fase paulina, de que la ciudad de Dios no es una tierra ni un partido, y de que hoy le corresponde dar a las demás ciudades este ejemplo: pensar en su misión antes de pensar en su seguridad"²⁵. El personalismo debe deshacerse, enterrarse para fructificar, no esconderse bajo un celemín. Lejos de instalarse, desinstalarse, lejos de conquistar, circuncidarse para liberar: "Lo esencial es que los cristianos estén decididos a serlo profundamente allí donde se encuentren, allí donde comprometan, del mismo modo que otros tal vez lo serán desde otras perspectivas". Ya se ve en qué debe consistir la nueva fase paulina que tal vez se aproxima; en decir que no sólo en el cristianismo anida el amor, en que lo esencial es la autenticidad allí donde se milite, cualesquiera que fueren las perspectivas. Pues, en efecto, dice Mounier, si bien no puede haber caridad sin una justicia de base cada vez más ancha, una ciudad no se mantiene en la justicia si no es por el establecimiento de una relación de *amor*, sin la que los partidos no tienen alma.

Esta revolución interior (la *metanoesis*, el cambio del propio corazón) es la condición de posibilidad de la transformación exterior. La mística personalista no debe cesar de predicarla, pero con el ejemplo. No antes que la revolución exterior, no después, con ella. De nuevo resalta por aquí, por el lado de la mística (en este caso religiosa, cristiana de Mounier) que lo esencial es la lucha desde el amor. A la caída de la tarde se nos examinará en el amor.

¿Es esto poco, es esto demasiado? La pregunta es paralela a la pregunta misma por la eficacia: ¿es eficaz, no es eficaz? De nuevo con Mounier: "No nos cansaremos de repetir que nuestro personalismo no está originalmente centrado sobre una actitud política, sino que es un esfuerzo total por comprender y sobrepasar el conjunto de la crisis del hombre en el siglo veinte... Algunos juzgarán que esta relativa indeterminación política es una debilidad. Políticamente, sin duda. Pero también el arte, la poesía, la religión, el rigor científico son por sí mismos políticamente débiles, precisamente porque teniendo incidencia sobre lo político no están hechos para la política. Su papel es formar hombres... Si el personalismo tuviese la intención de reemplazar en su dominio esta experiencia, iría a la confusión. Pero si los partidos políticos pretendiesen negar esta su eficacia propia, introducirían la confusión por el lado opuesto"²⁶.

Ni qué decir tiene que formar personas no es dar lecciones de moralina, sino vivir moralmente, es decir, vivir políticamente, o lo que es lo mismo, vivir la auténtica política en la dimensión de la profecía y de la mística. Lo que implica la presencia más vanguardista en la praxis viva. La "cura de almas" pasó. Ahora es preciso algo más integral: una revolución a la vez personalista y comunitaria, del hombre y de sus estructuras. Revolución que o es de amor, o no es nada. Revolución que, o comienza por los pobres y oprimidos, o no comienza en absoluto. Revolución que es perenne, o que no es.

CARLOS DÍAZ

²⁵ M. Mounier, *Revolución personalista y comunitaria* I, 462.

²⁶ M. Mounier, *Qu'est-ce que le personalisme*, *Oeuvres* III, 204.